

turanza. Las llaves del cielo, sólo ella las posee: nada por tanto, es capaz de reemplazarla en el orden de la salvación. Y ¿podrá por ventura sustituirla alguna cosa en el orden de la vida presente? Es lo que vamos á estudiar en la segunda parte.

## II.

7. Tres cosas, entre otras menos importantes, podrían reemplazar á la religión en el espíritu humano, en sentir de algunos que de hecho presumen suplirla con ellas ventajosamente, conviene á saber: *la probidad, la dignidad, la ilustración*. Una persona que posea estas tres condiciones ¿qué necesidad tiene de la religión, á lo menos de la positiva y revelada, prescindiendo de la cuestión espionosa de la vida futura? Siendo ésta para muchos sabios del día un problema de imposible solución, la cuestión religiosa debe circunscribirse á los términos de la vida presente, y para hacer ésta feliz, en cuanto cabe, bástale al hombre ser honrado, culto, virtuoso, benéfico y, si se quiere, lleno de propia dignidad y que sepa respetarse y hacerse respetar. ¿No es así, hermanos míos, como piensan y se expresan los que pudiéramos llamar *prudentes del siglo*<sup>1</sup>, ese sinnúmero de gentes vilipendiadoras de la religión? Veamos cuán mal discurren y cuán lejos andan de la verdad.

Empecemos por discutir la llamada probidad. ¿Podrá ella, siquiera sea verdadera, suplir la falta de la religión? No por cierto, porque religión y probidad son cosas diferentes, y ninguna cosa puede reemplazarse por otra de distinto género. Cada una ocupa su lugar. Sea cualquiera la honradez, la virtud, la suma de prendas morales que un hombre posea por naturaleza ó por hábito, y por muchos encomios que estas cualidades le merezcan, en último análisis todo eso no es la religión, no tiene á Dios por objeto

<sup>1</sup> 1 Cor. 3, 18.

formal y directo; y es cosa manifiesta, cuán grave falta es en el ser moral no tributar á Dios el homenaje por tantos títulos debido, no cumplir con el grande y supremo *deber*, el religioso<sup>1</sup>. Por eso sin duda es tan penosa la impresión que nos produce la vista y aun el trato de una persona de esta clase. Lo menos que podemos hacer es compadecerla. ¡Qué lástima, solemos exclamar, que persona tan cumplida, tan cabal, tan generosa, no sea todo lo que debe ser, no tenga creencias y sentimientos religiosos! ¿Cómo es posible sea impío un sujeto tan honrado, tan buen amigo, tan correcto ciudadano, tan estricto padre de familia? Para nosotros todo esto es un enigma, que sólo nos explicamos como una inconcebible inconsecuencia.

8. Conviene insistir, amados fieles, en este punto de la probidad, cuyo prestigio lleva tras sí á tantas almas, alejándolas de la religión. Examinando más detenidamente el caso, hallaremos en primer lugar que algunos de los hombres honrados que parecen impíos no lo son en realidad, ó á lo menos, no lo son tanto como lo parecen ó quieren parecerlo, pagando así, aunque ocultamente, tributo á la religión que desprecian en público. ¡Cuántos de ellos ocultan nada más los sentimientos que guardan en el secreto de su corazón! ¡Cuántos hay que conservan ciertas prácticas religiosas que aprendieron en la infancia y que, gracias al cariño de una esposa ó á la promesa hecha á una madre, toda su ciencia atea no ha podido hacerles abandonar! De donde tal vez pudiera deducirse que esa misma bondad que los adorna, no es sino fruto de aquellos gérmenes religiosos que sembró en sus corazones una cristiana educación, aunque ellos mismos no se den cuenta de este fenómeno moral. Y ¡cuánto no pueden en muchas almas débiles la fuerza del respeto humano, el medio ambiente de incredulidad en que viven, la soberbia, las

<sup>1</sup> Matth. 22, 38.

preocupaciones de la falsa ciencia! Y sobre todas esas causas de irreligión, el largo olvido de los deberes religiosos, el abandono de la oración, la falta de costumbre de recibir los sacramentos y la consiguiente ignorancia casi completa de la doctrina cristiana dan origen á muchas impiedades de apariencia, debajo de las cuales subsiste un fondo de religión que, en circunstancias favorables, sabrá manifestarse y dar en tierra con todo aquel aparato de incredulidad que se creía indestructible. ¡Á cuántos de estos impíos superficiales ó de moda no hemos visto por dicha nuestra volver sobre sus pasos en los últimos días de su vida, abjurar sus errores, morir en los brazos de esa religión que habían aborrecido ó despreciado!

9. Por otra parte, no todos los que se dicen honrados y alardean de una probidad á toda prueba, lo son en realidad ó tanto como lo parecen. Hay mucha y muy honda diferencia entre ser y parecer virtuoso. Para salvar las apariencias de honradez basta no faltar, delante de testigos, á la palabra dada, ser cumplido con aquellos con quienes se llevan buenas relaciones ó en ocasión determinada, halagüeña al amor propio, al interés . . . llenar en lo de fuera los deberes de familia y posición, obedecer en fin las leyes del buen tono. Para *ser* honrado se necesita todo eso y mucho más, porque la probidad verdadera abraza á todo el hombre, el exterior y el interior, la vida de familia y sociedad, y también la vida privada y que no tiene más testigos que Dios que todo lo mira, y la conciencia que todo lo atestigua. La honradez á carta cabal, ¡y cuán rara es! exige la veracidad y la fidelidad á la palabra hasta en el caso de que la verdad le fuera á uno perjudicial, y la mentira le fuese no sólo favorable y útil, sino fácil de paliarse á los demás. Más todavía, la honradez de buena ley cumple con el deber por el deber, no por la utilidad que de cumplirlo se deriva, ni por la calidad de las personas con quienes nos ligue, próximas

ó extrañas. La verdadera probidad comprende también los deberes concernientes á nosotros mismos, tales como la pureza de corazón y de sentidos, la rectitud de intención en todas nuestras obras, la represión de nuestros desordenados apetitos. Se extiende, en fin, á la observancia de los deberes para con Dios á quien no vemos con los ojos de la carne y cuya acción no sentimos de ordinario de una manera que nos impresione. Dadme, pues, una persona que posea la honradez en toda la extensión de la palabra, y me daréis en ella una persona religiosa. Pero en este caso no es la honradez la que reemplaza á la religión, sino al contrario, la que la hace practicar. No es ésta la honradez de los impíos: luego no es la verdadera.

10. Pero ¿existe, hermanos míos, la verdadera honradez separada de la religión? Esto sería menester para que pudiese reemplazar aquélla á ésta, y, ¡cuán difícil es hallarla! No negaré que pueda darse, pero sólo como caso excepcional, merced á una bondad de carácter especial, educación esmerada, temperamento feliz, pasiones ningunas ó sumamente moderadas y otras circunstancias que en pocos casos se reúnen; pero, aparte de que esta clase de bondad, ó virtud, si así queréis llamarla, no pasa de lo humano y rara vez ó nunca se eleva á la región del heroísmo, á donde llega con frecuencia la virtud que tiene por base la religión, esto no puede ser lo regular, lo normal, como fácilmente advertiréis. Desengañémonos: la virtud en nuestra condición actual, que no puede negarse es de naturaleza viciada, decaída, exige esfuerzos no comunes, á veces heroicos, sobrehumanos, como el mismo nombre de virtud lo indica: *Virtus a vi vel a viro*, la virtud es esencialmente varonil, y, como el reino de los cielos de que hablaba Jesucristo, *vim patitur et violenti rapiunt illud*<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Matth. 11, 12.

exige fuerzas y sólo los esforzados la conquistan. La razón de esta dificultad se comprende perfectamente. Todo hombre está sujeto á la presión de pasiones más ó menos violentas que lo inducen y arrastran al desorden moral; pues como brotes del apetito sensitivo son naturalmente opuestas en sus tendencias á los dictámenes de la recta razón. Esto supuesto, puede asegurarse, de acuerdo con la experiencia de todos los días, que sin auxilios sobrenaturales y divinos no es dado al débil mortal resistir siempre y en todas las ocasiones de la vida al embate de sus desatentadas pasiones, como no lo es á la débil navecilla resistir al oleaje de mar embravecido con furiosos vendavales. ¡Qué borrascas tan deshechas no levantan las pasiones en el pobre corazón humano! Ora el amor, ora el odio, ya la ambición, ya la envidia, ya la ira, ya la desesperación, toda esa legión de vehementes afectos que agitan nuestro ser, ¡qué horrendas tempestades no suscitan donde casi infaliblemente naufraga la virtud puramente natural! ¡Ah! sin la fe de la vista de Dios, presente á toda hora y en todo lugar, sin la viva aprensión de los juicios divinos y de los castigos y recompensas de la otra vida, sin el amor del bien infinito y de la belleza soberana, el orgullo, la sensualidad, la codicia y otras pasiones semejantes acabarán infaliblemente por triunfar de todas las resistencias de la más firme voluntad y darán en tierra con todo el edificio de la probidad natural. Porque si la religión con toda la eficacia de su influjo no basta en ciertos casos de tentaciones gravísimas para refrenar el apetito, ¿qué otra fuerza de orden inferior podrá bastar? Ya veis, pues, amados fieles, que no es la honradez la que puede llenar el vacío de la religión.

II. ¿Podrá llenarlo tal vez la *ilustración*? Examinémoslo aunque sea brevemente. Si se tratara de una ilustración completa, no sólo científica sino moral y religiosa, yo sería el primero en reconocer su valor, y no diría precisamente

que podía reemplazar la religión, sino que la favorecería, ilustrando la inteligencia con el conocimiento de la verdad religiosa. Pero, en el lenguaje de la escuela que combatimos, ¿qué significa esa sonora palabra ilustración, que tanto halaga los oídos? ¿Significa acaso un conocimiento vasto y profundo de las ciencias? No, porque esto es imposible para la gran masa de los hombres; la ciencia, verdaderamente digna de este nombre, es patrimonio de *los pocos sabios que en el mundo han sido*, como decía el sabio maestro Fray Luis de León. No puede adquirirse por la generalidad, por más que se multiplique la instrucción, sino una ilustración superficial, algunos conocimientos variados, enciclopédicos, de literatura, historia, matemáticas, ciencias naturales — esto es hoy lo principal — higiene y cosas semejantes, y no veo por qué ni de qué suerte pueda suplirse la falta de religión con esta ilustración popular, por más que se la extienda á todas las clases sociales. Sin religión la sociedad ilustrada será una sociedad de ateos. Y el ateo no puede cumplir con sus deberes morales ni aun sociales. Me objetaréis sin duda, que la ilustración del pueblo debe ser moral, aunque no sea religiosa. Pero ¿qué moral verdadera puede prescindir de Dios, supremo legislador del universo? Sin entrar de lleno en una cuestión que no puede tratarse á la ligera, basta reconocer lo que está á la vista, á saber, que la moral independiente ó atea no va al fondo de las cosas, se paga de las formas exteriores más que de la bondad intrínseca de las acciones humanas, trabaja por disfrazar y aun cohonestar las pasiones, mas no por combatir las y domarlas, teniendo por base el racionalismo, que da la autonomía á la libre voluntad, ó el materialismo que hace consistir la felicidad y, por consiguiente, la virtud en el goce de los sentidos. Veis aquí una moral que no funda el deber ni la virtud, sino que tolera el vicio, si no es que lo autoriza; hácelo menos grosero y deforme, pero más refinado y perverso. ¡Cuántas pruebas tomadas

de todas las épocas y de todos los países podrían aducirse para comprobar lo poco que vale la ilustración para hacer virtuosos á los hombres! Pero ¿qué pruebas más irrefragables que los hechos que han escandalizado al mundo en nuestros mismos días, los regicidios, las bombas, las estafas por mayor, la corrupción general de costumbres en las naciones más adelantadas?

12. No cansaré más vuestra atención, hermanos míos. Diré solamente una palabra sobre el valor de ese sentimiento que se llama *dignidad*, decoro, respeto de sí mismo, y que, bien comprendido, suele ser un poderoso auxiliar del bien obrar, pero no llegará jamás á sustituir en el espíritu humano al sentimiento religioso. El aprecio de sí mismo llevado á la exageración no es otra cosa que el orgullo, y de éste nace el egoísmo, elemento mortífero para la virtud. Por lo demás el sentimiento de la propia dignidad, separado de la religión, no pasa de ser un fantasma que no engendra virtudes verdaderas ni acciones laudables, sino vanidad y, á las veces, ridícula ostentación de virtud. No nos forjemos ilusiones. La religión es elemento de felicidad natural en el hombre, y lo que arranca de la naturaleza no puede reemplazarse con nada artificial. La religión es institución evidentemente divina; la mano de Dios que la fundó sobre la roca del Calvario, la sostiene sin esfuerzo alguno, como sostiene la armonía de los mundos: *Verbo Domini cæli firmati sunt, et spiritu oris eius omnis virtus eorum*<sup>1</sup>— «Su palabra da consistencia á los cielos y el soplo de su boca les infunde toda la fuerza que poseen.» Vanos son los pensamientos del hombre contra la obra del Criador. Dios disipa, como ligeros vapores, los planes de los príncipes y de los pueblos, en tanto que los consejos de su misericordia sobre la pobre humanidad perduran para siempre. *Consilium autem Domini in æternum manet.*<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Ps. 32, 6.<sup>2</sup> Ibid. 11.

«Bienaventurada la nación que reconoce á Dios por Señor, el pueblo á quien Él escogió por heredero de los bienes eternos.»<sup>1</sup> Nosotros somos ese pueblo, no derrochemos nuestra herencia.

### TERCERA CONFERENCIA.

#### Verdadera y falsa religiosidad.

Qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.

Io. 4, 24.

1. ¿Habéis meditado seriamente, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, sobre la importancia de la verdad en todas las esferas de la vida humana, en la ciencia, en la moral, en el arte? En la primera, la verdad es absolutamente necesaria, so pena de convertirse en una ciencia vana, ridícula y absurda, en ciencia de la nada: por eso las meras hipótesis, por bien fundadas que se las suponga, no constituyen la ciencia propiamente dicha. En el arte la verdad que se necesita para sus creaciones no es ciertamente tan rigurosa, no es la realidad sino el ideal, mas no por eso deja de ser lo que es en el orden de la posibilidad, en una esfera más elevada que la de la naturaleza real, en el mundo ideal donde resplandece la belleza. Y ¿qué diremos del orden moral en que se desarrolla la libre actividad del ser humano? Aquí no basta la verdad relativa, porque no se trata de lo bello, de lo estético, sino de lo bueno, de lo virtuoso y perfecto, y esto tiene que ser estrictamente verdadero. Virtud falsa no es virtud, bondad sólo aparente es más bien disfrazada malicia, perfección no verdadera es manifiesta imperfección. La adoración de Dios, si no es verdadera, es una burla á la divinidad; la alabanza, sólo de labios afuera, tiene visos

<sup>1</sup> Ibid. 12.